

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

El mito de la laminilla, eslabón de lo perdido.

Leibson, Leonardo.

Cita:

Leibson, Leonardo (Noviembre, 2020). *El mito de la laminilla, eslabón de lo perdido. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/leonardo.leibson/22>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pzMO/AcW>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

EL MITO DE LA LAMINILLA, ESLABÓN DE LO PERDIDO

Leibson, Leonardo

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En el marco de la investigación UBACyT “Articulaciones entre cuerpo, goce y subjetividad en la enseñanza de Jacques Lacan entre 1966 y 1975. Incidencias clínicas y teóricas” (en evaluación) nos ocuparemos en esta ocasión de desarrollar lo que Lacan denominó “mito de la laminilla”, en los Seminarios 10 y 11 y en el escrito “Posición del inconciente”. La hipótesis que orienta este trabajo es que dicho mito representa un eslabón entre dos concepciones del cuerpo en la elaboración lacaniana que son, por un lado, la de un cuerpo reducido a la imagen especular y jugado en dos dimensiones (imaginaria y simbólica), vinculado al concepto de narcisismo; y, por otro, el cuerpo en tanto dotado de una dimensión real, articulado con la noción de goce y cercano a la idea freudiana de cuerpo erógeno. También problematizaremos la posible vinculación entre la idea de libido, en el uso que le otorga Lacan en este momento, con la noción de goce. Las conclusiones señalan la importancia, en la enseñanza de J. Lacan, de este paso hacia la articulación clínica y teórica entre cuerpo, goce y efectos subjetivos.

Palabras clave

Cuerpo - Gocce - Sujeto - Libido

ABSTRACT

THE MYTH OF THE LAMELLE, THE MISSING LINK OF THE LOST
In the framework of the UBACyT investigation “Joints between body, enjoyment and subjectivity in Jacques Lacan’s teaching between 1966 and 1975. Clinical and theoretical incidences” (under evaluation) we will take care on this occasion of developing what Lacan called “myth of the lamella”, in Seminars 10 and 11 and in the writing “Position of the unconscious”. The hypothesis that guides this work is that this myth represents a link between two conceptions of the body in Lacanian elaboration. These two conceptions are, on the one hand, that of a body reduced to the mirror image and played in two dimensions (imaginary and symbolic), linked to the concept of narcissism; on the other, the body as endowed with a real dimension, articulated with the notion of enjoyment and close to the Freudian idea of an erogenous body. We will also problematize the possible link between the idea of libido, in Lacan’s use of it in this passage, with the notion of jouissance. The conclusions indicate the importance, in J. Lacan’s teaching, of this step towards the clinical and theoretical articulation between body, enjoyment and subjective effects.

Keywords

Body - Enjoyment - Subject - Libido

“Es cierto que el lcc constituye la auténtica mediación entre lo corporal y lo anímico, acaso el tanto tiempo buscado “*missing link*”.”

Freud (carta a G. Groddeck, 5/6/1917)

En el marco de la investigación UBACyT “Articulaciones entre cuerpo, goce y subjetividad en la enseñanza de Jacques Lacan entre 1966 y 1975. Incidencias clínicas y teóricas” (en evaluación) nos ocuparemos en esta ocasión de desarrollar lo que Lacan denominó “mito de la laminilla”, en los *Seminarios 10 y 11* y en el escrito “Posición del inconciente”. La hipótesis que orienta este trabajo es que dicho mito representa un eslabón entre dos concepciones del cuerpo en la elaboración lacaniana que son, por un lado, la de un cuerpo reducido a la imagen especular y jugado en dos dimensiones (imaginaria y simbólica), vinculado al concepto de narcisismo; y, por otro, el cuerpo en tanto dotado de una dimensión real, articulado con la noción de goce y cercano a la idea freudiana de cuerpo erógeno. También problematizaremos la posible vinculación entre la idea de libido, en el uso que le otorga Lacan en este momento, con la noción de goce. Las conclusiones señalan la importancia, en la enseñanza de J. Lacan, de este paso hacia la articulación clínica y teórica entre cuerpo, goce y efectos subjetivos.

1. De la imagen al mito

Podemos fechar el inicio de la articulación entre cuerpo y goce en la enseñanza de Lacan en las sesiones del último tercio del *Seminario 14, La lógica del Fantasma* (LACAN, 1966-67). Sin embargo, encontramos que esta elaboración tiene un antecedente significativo en la presentación del “mito de la laminilla”, que efectúa en los Seminarios 10 y el 11 y en el escrito “Posición del inconciente” (LACAN, 1960/1966). Nos ocuparemos en lo que sigue de exponer este momento de la enseñanza de Lacan que consideramos un eslabón perdido, sobre todo, de lo perdido. Eslabón entre dos modos de concebir el cuerpo de la práctica del psicoanálisis.

Por un lado, la idea de un cuerpo que se constituye como en el registro imaginario, planteado en las dos dimensiones de lo especular (que son las dos dimensiones del espejo plano, pero también las dos *dit-mansions* de los registros imaginario y simbólico); esta primera manera de plantear al cuerpo es armónica con la idea de Freud de un cuerpo que se vuelve registrable

para el sujeto a partir del “nuevo acto psíquico” en que consiste la introducción del narcisismo. Lacan nunca dejó de lado este modo de pensar al cuerpo, de hecho, lo sigue sosteniendo aún en textos como la Conferencia en Ginebra o La Tercera. Lo que se modifican, en todo caso, son dos cosas: las consecuencias de que esa imagen no sea sin un borde imposible con lo real del cuerpo (y habrá que considerar qué implica este real), y una reformulación de lo imaginario como consistencia, a partir de la lógica borromea.

El otro momento es aquel en que se plantea una tercera dimensión, real, del cuerpo en la práctica analítica. Aquí encontramos vecindad con lo que Freud denominó “cuerpo erógeno”: un cuerpo que no sólo es la imagen de algo unitario y consolidado, sino que implica los movimientos que lo pulsional le imprimen, en los que ese cuerpo se manifiesta como hecho de fragmentos no necesariamente congruentes ni subsumibles a una sola figura. Siguiendo la huella freudiana, Lacan, a partir del *Seminario 14* especialmente, ubicará este real del cuerpo en tanto vinculado al goce, formulando entre cuerpo y goce una relación paradójica de inclusión y exclusión, una tensión dialéctica de la que nos ocupamos en otros lugares (Leibson 2018, 99-107; Leibson 2020, 67-107)

Lo novedoso que aparece en el *Seminario 10, La Angustia* y que se prolonga en el *Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, es que el cuerpo, tanto en su aspecto de imagen unificante como en su condición propiamente erógena, además de requerir situarse en coordenadas simbólicas, se constituye con y a partir de una pérdida real. Una pérdida que es de una parte de ese mismo cuerpo, fragmento que a partir de ese desprendimiento se torna ajeno, causa del movimiento deseante e, incluso, potencialmente amenazante y mortífera. Esta idea es la que tomará mayor envergadura cuando Lacan, especialmente entre los Seminarios 14 y 20, despliegue que la articulación entre cuerpo y goce es a la vez de inclusión y de exclusión. Donde el goce, que no es sino del cuerpo pero al mismo tiempo le ex_siste, puede, en sus retornos o modos de “recuperación”, producir diversas mortificaciones del mismo. Esta hipótesis, poderosamente clínica, se encuentra en los fundamentos de concebir al síntoma como un modo de lo gozante, así como de poder abordar otros modos de padecimiento que no son síntomas neuróticos o psicóticos, como, por ejemplo, el fenómeno psicósomático, teniendo también en cuenta la economía del goce que allí podemos encontrar.

Entonces, se parte de una pérdida. Así lo plantea en el *Seminario 10* cuando, al compás de la producción de la noción de objeto a, el recorrido mismo de ese descubrimiento-invencción hace que Lacan tenga que dar un rodeo por el cuerpo en tanto fragmentado y, especialmente, por los restos que se desprenden y caen de ese cuerpo. En ese momento, al listar las diversas formas de pérdidas de la “integridad” corporal, señala: “Para el niño, el corte del cordón deja separadas las envolturas que son homogéneas a él, continuas respecto a su ectodermo y endo-

dermo. Para la madre, el corte se sitúa en el nivel de la caída de la placenta. Incluso es por esa razón que se las llama caducas. Ahí está la caducidad del objeto a, desempeñando su función.” (LACAN 1962-63, 181) Vemos que esa pérdida no afecta sólo al niño sino también a la madre. O sea, no se trata de un momento histórico-evolutivo sino de una característica estructural de lo que llamamos cuerpo en psicoanálisis.

Unas páginas más adelante encontramos otro modo de referirse a esta cuestión: “(...) el hombre que habla, el sujeto en tanto que habla está ya implicado por esta palabra en su cuerpo. La raíz del conocimiento es este compromiso con el cuerpo.” (Ib., 237). Un poco después, se precisa de qué cuerpo se trata: “no es en absoluto el cuerpo participando en su totalidad. (...) No se trata del cuerpo como algo que nos permitiría explicarlo todo mediante una especie de esbozo de la armonía de *Umwelt* y del *Innenwelt*, sino que en el cuerpo hay siempre, debido a este compromiso en la dialéctica significante, algo separado, algo sacrificado, algo inerte, que es la libra de carne.” (Ib., 237)

Esta libra de carne, a la que Lacan hace referencia en otros lugares -y de la que nos hemos ocupado oportunamente (Leibson 2018, 73)- indica que algo del deseo y de su objeto está ligado al cuerpo, pero no tanto a su presencia positiva sino a lo que en el cuerpo se sostiene -en tanto eso lo sostiene- como una falta que no parece exagerado llamar esencial, en tanto afecta al surgimiento y al mantenimiento del cuerpo en sus relaciones, siempre incómodas y parciales, con un sujeto.

Se trata entonces de una parte del “propio” cuerpo que se ha perdido antes de que ese cuerpo se hiciera efectivamente apropiable. Ya que, por más que nunca se lo termine de apropiar, el estadio del espejo genera esa ilusión no sólo de completitud sino de apropiabilidad, de posesión, de que ese cuerpo es “mío”. La novedad que introduce acá Lacan con respecto a sus propios desarrollos anteriores es que no puede generarse esa potencia de apropiación sin que algo esté original y definitivamente perdido e inscripto como tal. En esta operación es determinante el efecto del significante, dado que el cuerpo queda tomado en la “máquina formal” del lenguaje y la mortificación que eso produce. Tanto como la operación de la castración en tanto corte que inscribe la pérdida como falta activa.

2. Sexuación y muerte

Al año siguiente, en el *Seminario 11*, luego de varias sesiones en las que se dedica a hablar de la noción freudiana de pulsión en sus montajes y desmontajes, aparece la necesidad de hablar del “órgano de la pulsión”, que, aclara, “ha de tomarse en el sentido de instrumento” dado que se trata de un “órgano inasible, ese objeto que solo podemos contornear, ese falso órgano para decirlo todo” (LACAN 1964, 204).

Pero resulta que este “órgano de la pulsión se sitúa en relación con el verdadero órgano. Para que de veras lo palpen (...) me voy a permitir presentarles *un mito* (...) ese aparato que siempre evité emplear con mi auditorio anterior” (Ib.). Sin dejar de

mencionar que Freud llama a la teoría de las pulsiones “nuestra mitología”.

En ese momento, y produciendo un giro casi teatral en su retórica, anuncia: “Les voy a hablar de la laminilla”. Introduciendo de entrada un juego de palabras intraducible entre *omelette* y *hommelette*. Una tortilla (*omelette*), que como todas, no puede hacerse sin romper los huevos.

En este caso se trata del huevo, mentado en el Seminario 10, en el que el embrión se gesta, un huevo sin cascarón pero con cubiertas. Entonces, “cada vez que se rompen las membranas del huevo de donde va a salir el feto (...) imagínense que de él escapa algo... la *hommelette* o laminilla (*lamelle*).”

Que Lacan invoque a su auditorio a realizar un esfuerzo de imaginación es también novedoso y sugestivo. Porque se trata de un mito que está naciendo como ese mismo feto y de dónde algo que se escapa y se desliza va a sorprender al auditorio, a la par que resulta sólo captable mediante un ejercicio de la imaginación -que en este caso no está ligada a la ilusión engañosa de lo imaginario sino a un relato que intentará, lo veremos, apuntar a cierta presencia inasible.

Así la describe: “La laminilla es una cosa extraplana que se desplaza como la amiba (...) es algo que anda por todas partes. Y como es algo que está relacionado con lo que el ser sexuado pierde en la sexualidad (...) es, como la amiba, inmortal (...) porque sobrevive a todas las divisiones.” Y agrega en tono dramático: “es muy inquietante... supongan que mientras duermen muy tranquilos viene y les envuelve la cara... Difícilmente podría evitarse una lucha con un ser con semejantes propiedades. Pero no sería una lucha fácil. Esta laminilla, este órgano cuya característica es no existir, pero que no por ello deja de ser un órgano (...) es la libido.”

Y la caracteriza de este modo: “puro instinto de vida, de vida inmortal, de vida irreprimible, de una vida que por su parte no necesita de ningún órgano, de vida simplificada e indestructible. Es justamente lo que se le sustrae al ser viviente por estar sometido al ciclo de la reproducción sexual. Y de esto son los representantes, los equivalentes, todas las formas enumerables del objeto a.”

Notemos que Lacan utiliza el término instinto, lo cual tampoco es habitual en él. Lo hace para hablar de una pura vida, en tanto tal irrefrenable y mortífera. Esa pura vida no es la pulsión de vida freudiana, Eros opuesto a Thanatos. Es algo más cercano al verdadero instinto, al menos en su figuración. No reconoce diques ni destinos, avanza sin que nada pueda detenerlo ni desviarlo. Es un ser mítico, verdaderamente, pero en el que encontramos resonancias de la pregunta acerca de qué es la vida al modo de Jakob von Uexküll, etólogo estonio de gran originalidad. También a la teoría del plasma germinal de Weissman, un darwinista convencido que fuera referencia para Freud. Dos pensadores que, desde una interrogación no tanto biológica como filosófica, reflexionan acerca de lo que sería la vida misma.

A esta altura, surgen algunas preguntas: ¿la libido como puro

instinto de vida? ¿la libido como un equivalente del objeto a? Y especialmente: ¿Hay alguna vinculación entre este modo de considerar la libido y la noción, ulterior en Lacan, de goce?

Pero adentrémonos un poco más en el texto. En lo que sigue, se agregará la aparición del sujeto y las condiciones de esa aparición. Anticipa lo que desarrollará en las sesiones siguientes del Seminario: las dos operaciones, alienación y separación, que dan lugar a la emergencia del sujeto. Cuando el mito sea retomado en “Posición del inconsciente” el orden será el inverso. Allí, como un corolario del planteo de estas operaciones surge la enunciación del mito. Algo similar ocurre en el *Seminario 14*. Es luego de haber reformulado las operaciones de alienación y separación que Lacan anuncia: “tendré que ocuparme de decir qué es el cuerpo” (LACAN 1966-67).

Estas variantes del encadenamiento de estas temáticas muestran en acto la ligadura entre las condiciones de producción de un sujeto y la articulación, tensa y paradójica, entre el cuerpo y el goce.

Al respecto, en el *Seminario 11* Lacan afirma: “La relación con el Otro hace surgir, para nosotros, lo que representa la laminilla - no la polaridad sexuada, la relación de lo masculino con lo femenino, sino la relación del sujeto viviente con lo que pierde por tener que pasar por el ciclo sexual para reproducirse.” (LACAN 1964, 206-207). Agrega: “Así explico la afinidad esencial de toda pulsión con la zona de la muerte y concilio las dos caras de la pulsión - la pulsión que, a un tiempo, presentifica la sexualidad en el inconsciente y representa, en su esencia, la muerte.” (ib., 207)

Vemos que acá retorna el término pulsión. La laminilla, puro instinto de vida irrefrenable, más cercana a Thanatos que a Eros, no es de todos modos ninguna de ambas pulsiones. Es algo que sólo un mito podría formular: un “puro instinto” que retorna de la parte perdida del cuerpo, deslizada hacia y por su exterior aunque proveniente de su mayor intimidad, ajena desde lo más propio, extranjera más por haberse vuelto contra sus orígenes que por provenir desde un exterior. Esa criatura extraña se reconoce en la juntura anómala entre sexualidad y muerte. Decir que eso es la libido señala al menos dos cosas: una, que la noción misma de libido como energía del deseo sexual está más cercana al mito como construcción auxiliar que a los parámetros de la ciencia positiva -lo cual no sólo no le resta potencia conceptual sino que la acrecienta por su poder evocador y por su propia imprecisión. Y, en segundo término, que se trata de un término operativo que no distingue ninguna sustancia ni fluido extraíble o medible, pero que sí designa la necesidad de que algo que es una cantidad -pero no medible- requiere ser distribuida. No olvidemos que Freud insiste en que la libido no puede ser destruida y que si se retira de algún lugar necesariamente debe ir a otro. Sus puntos de vista tópico y económico se implican recíprocamente y Lacan parece seguir esa lógica adaptándola acá a la posibilidad de forzamiento que le brinda la construcción de un mito.

En el comienzo de la sesión siguiente del *Seminario 11* (27/5/64) indica que este mito propone sustituir a aquel que Platón le atribuye a Aristófanes. O sea, plantear que la fuerza de lo sexual no estará impulsada porque la mitad del andrógino no ceja en la búsqueda de su complemento amoroso, sino que hace a un sujeto marcado por lo que pierde desde el momento en que viene al mundo, ya tan sexuado como mortal.

Lacan señala, además, algo que luego sólo sostendrá parcialmente: que este mito “designa a la libido no como un campo de fuerzas sino como un órgano.” ¿Pero un órgano de qué naturaleza? De una muy poco orgánica, muy poco natural: “La libido es el órgano esencial para comprender la naturaleza de la pulsión. Este órgano es irreal. Lo irreal no es lo imaginario. Se define por articularse con lo real de un modo que no podemos aprehender y por ello, justamente, requiere de una presentación mítica, tal como la nuestra. Pero ser irreal no impide a un órgano encarnarse.” (Íb., 213) Indica allí que esas formas de encarnarse pueden ser “el tatuaje, la escarificación, la incisión” que “tienen esa función de ser para el Otro, de situar en él al sujeto (...) y a la vez tienen de manera evidente una función erótica (...)” (Íb., 214)

La libido es el órgano que marca al cuerpo por su origen en falta y así lo torna deseable y apto para el erotismo. El precio es la mortificación que el significante le imprime, la que, en estas líneas del seminario, no es sólo pérdida de vida sino, como dirá un poco más adelante, que la única libertad del sujeto es la libertad de morir.

3. La naturaleza del significante, a la letra

Veamos cómo retoma este mito en un texto que, en su versión original es anterior pero resulta posterior al Seminario cuando se publica en los *Escritos*. Se trata de “Posición del inconsciente” (LACAN 1960/66). Originalmente expuesto en un Congreso en 1960, encuentra su forma escrita en 1966. En ese texto riquísimo en recorridos que dicen del lugar, posición y deseo del analista, inmediatamente después de articular las operaciones de producción de un sujeto, lanza su mito en términos similares a los del Seminario 11. En esta nueva versión se acentúa, aún más, lo inquietante de esta criatura además de aportar varias precisiones sobre la misma. Resulta entonces que es una superficie y, en tanto tal, ultraplana. La presenta como “omnisciente por ser llevada por el puro instinto de la vida, inmortal...”. Señala contundentemente que sería “imposible educarla, lo mismo ponerle trampas” (LACAN 1960/66, 804). Finalmente, y contradiciendo o, mejor dicho, extendiendo lo que había dicho en el *Seminario 11*, que “es como superficie como ella ordena ese campo de fuerzas”. No es la pulsión, agrega, pero se articula con ella.

Lo del “campo de fuerzas” es relevante, dado que más adelante una de las maneras de referirse al goce será mediante la noción de campo, tomada de la física, tanto la clásica como la relativista y cuántica. Noción de campo que parece apropiada para

tratar de ubicar esa cuestión tan esquiva que es la de goce, mucho más interesante que pensar al goce como una suerte de fluido que se acumula o se descarga (tal fue mayormente la idea freudiana, basada en la física de los fluidos) o que concebirlo, al goce, como una especie de sustancia que podría ser empujada, acotada, recortada, aséptica y técnicamente.

El registro del mito es el modo de decir que corresponde para mostrar este órgano irreal “en el sentido en que lo irreal no es lo imaginario y precede a lo subjetivo condicionándolo, por estar en contacto directo con lo real”. (Íb., 805)

¿Es que Lacan está proponiendo un cuarto registro, el irreal, nunca formulado antes? No parece tratarse de eso sino de una categoría intermedia o mejor dicho intermediaria. Dado que no se puede decir nada de lo real, la apelación al mito permite una aproximación, en la cual esta criatura irreal, producto de una actividad ficcional y ficcionalizante, enlaza los tres registros de una manera que da cuenta de aquello con lo que nos enfrentamos en la práctica del análisis.

Porque poco después dice: “La libido es esa laminilla que desliza el ser del organismo hasta su verdadero límite, que va más allá del cuerpo” (Íb., 806). De donde “el sujeto hablante tiene el privilegio de revelar el sentido mortífero de ese órgano y por ello su relación con la sexualidad. Esto porque el significante como tal, al tachar al sujeto de primera intención, ha hecho entrar en él el sentido de la muerte.” (Íb., 807). Entonces, si la muerte es la consecuencia de la reproducción sexuada, vemos acá que ésta no proviene de unas pretendidas causas naturales sino de lo que el significante -con su efecto de corte y mortificación que desmantelan, pero también resorte de la repetición y retorno de la pérdida-, al seccionar al viviente, remedando al mito aristofánico sólo en apariencia, lo remite incesantemente al sinsentido de esa muerte a la que está dedicado.

Finalmente, Lacan concluye afirmando que: “Lo importante es captar cómo el organismo viene a apresarse en la dialéctica del sujeto. Este órgano de lo incorporal en el ser sexuado, eso es lo que del organismo el sujeto viene a colocar en el tiempo en que se opera su separación.” (Íb.)

Esta afirmación merece que nos detengamos un poco. El “órgano de lo incorporal” hace mención, por un lado, a la lógica y la filosofía estoica; pero también al uso que el propio Lacan hace del término cuando propone que el objeto a es “el incorporal mayor de los estoicos” (LACAN 1969, 20). Un incorporal que no deja de tener su órgano, la libido. Pero en un uso que rebasa el que Freud suele darle, dado que escapa del cuerpo tanto como queda proviniendo de él. Acá sienta sus bases la dialéctica entre el goce perdido -y sus modos de retorno, sintomáticos- y el cuerpo que se constituye y sostiene a partir de lo dialéctico de esa pérdida.

Además, se trata de un órgano que se coloca “en el tiempo en que se opera su separación”. Porque no está desde el origen sino a partir de lo que la segunda vuelta de la alienación depara al sujeto. Este ya no quedará solamente desprovisto de su ser

sino que los efectos de eso que ha sido desgarrado se asienta bajo la forma de los fragmentos del cuerpo que dan algo de cuerpo a dicho sujeto.

Dado que, sigue Lacan, implacablemente, mediante la operación de separación “el sujeto se realiza en la pérdida en la que ha surgido como inconsciente, por la carencia que produce en el Otro, según el trazado que Freud descubre como la pulsión más radical y a la que denomina: pulsión de muerte”.

4. Conclusiones

Hemos visto cómo en el *Seminario 10* arranca la argumentación, o mejor dicho, lo que dará argumento al mito. Que en el *Seminario 11* se hace presente con la forma acabada del mito. Que lo retoma en “Posición del Inconsciente”. Y ahí queda, salvo algunas pocas menciones posteriores, por ejemplo, cuando un asistente a su seminario se lo recuerda en una pregunta.

Ocurre con este mito como con tantos otros desarrollos de Lacan: que quedan en una frase nunca retomada que, a pesar de eso, después se vuelve “concepto” -o mantra o credo. O como algunas argumentaciones, incluso complejas (como el grupo de Klein, en los *Seminarios 14 y 15*) que dejan paso, o derivan en, nuevos desarrollos que parecen calzarle mejor a Lacan para seguir andando en su seminario. U otras, como parece el destino de esta laminilla, que apenas se salvan del olvido.

Podemos corroborar nuestra hipótesis inicial. El mito de la laminilla puede leerse como el eslabón entre dos modos de concebir el cuerpo. El primero, la cuestión del espejo (estadio del espejo, esquemas ópticos, dialéctica de lo imaginario), donde el cuerpo se conforma y arma a partir de una identificación imaginaria, especular, con lo que se le impone de la imagen del otro semejante, identificación que, según se irá viendo, no es *per se* si no que requiere de un soporte, un marco y un cuadro simbólico, el Ideal del Yo, el I(A), noción esta que seguirá su propio rumbo, convirtiéndose en el rasgo unario, el punto de vista, el trazo del Otro que se convierte en emblema, blasón, conectándose así con la función del Nombre del Padre.

Es notable como los esquemas ópticos, y con ellos cierta versión de lo imaginario, parecen agotarse como soporte de argumentación en el *Seminario 10*. Guy Le Gauffey en su libro *El lazo especular* argumenta muy sólidamente la vinculación de esto con el descubrimiento por parte de Lacan de la asimetría irreductible que se da entre los dos lados del espejo, correlativa de la necesidad para la constitución y sostenimiento de la imagen de que opere un recorte, de que algo caiga de esa imagen, de que la imagen tenga agujeros, que le falte algo. Eso que falta, que devendrá el objeto vacío y sin concepto que Lacan escribe con la letra *a* minúscula, no se refleja en el espejo. Se trata del objeto cuya falta de falta causa la angustia, cuyo contorno hace al recorrido de la pulsión (las pulsiones), cuya *ex_sistencia* es causa de deseo.

En ese momento de su enseñanza los esquemas ópticos parecen disolverse en su propio esfuerzo de formalización, cediendo

su lugar a los desarrollos que, de alguna manera, el mito de la laminilla no inaugura pero sí hace las veces de introductor narrativo.

La cuestión del cuerpo, en sus articulaciones con el sujeto, en sus coordenadas de sexuación, en su participación en el síntoma y en el decir, deriva en la enseñanza de Lacan hacia el problema de las articulaciones y diferencias entre cuerpo y goce. Que por momentos parecen superponerse, cuando Lacan habla de “cuerpo gozante”, de “sustancia gozante” y otras expresiones. Pero que, sin embargo, mantienen su tensa y paradójica disyunción, elemento fundamental para orientar la cura en tanto esa disyunción está incluida en la lógica que lo lleva a Lacan a afirmar, posteriormente, que “el síntoma es lo que viene de lo real”. Porque no hay síntoma sin cuerpo y eso nos vuelve necesaria la pregunta por los modos que toma en cada caso la economía del goce, en tanto que no es sin cuerpo y no es (del todo) en el cuerpo.

Entonces, entre la imagen del cuerpo de un lado de la cadena y, del otro, el “cuerpo gozante” -que hace su aparición en “Psicoanálisis y Medicina” y los *Seminario 14 y 16*, y que encuentra su desarrollo más fecundo entre los *Seminarios 19 a 21*-, nos encontramos con el núcleo de la elaboración lacaniana del cuerpo en tanto partícipe necesario del evento clínico. Entre un lado y el otro de esa cadena, el mito de la laminilla, con su uso particular del término “libido” y la indagación de lo que cae del cuerpo para hacer cuerpo, hace de término medio, una suerte de eslabón perdido de lo perdido.

BIBLIOGRAFÍA

- Lacan, J. (1962-63) *El Seminario, Libro 10, La angustia*. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Lacan, J. (1964) *El Seminario. Libro 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*, Buenos Aires, Paidós, 1987.
- Lacan, J. (1960/1966) “Posición del inconsciente”, en *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina, 2008, 789-808.
- Lacan, J. (1966-67) *Seminario 14 “La lógica del fantasma”*, inédito.
- Lacan, J. (1969) “Prólogo”, en Rifflet-Lemaire, A. (1970) *Lacan*, Barcelona, Edhasa, 1971.
- Le Gauffey, G. (1998) *El lazo especular*, Buenos Aires, Edelp, 1998.
- Leibson, L. (2018) *La Máquina Imperfecta*, Buenos Aires, Letra Viva, 2018.
- Leibson, L. (2020), *Los cuerpos freudianos y sus estados gozantes. La Máquina Imperfecta II*. Buenos Aires, Escabel Ediciones, 2020.
- Von Uexküll, J. J. (1934), *Andanzas por los mundos circundantes de los animales y los hombres*, CABA: Cactus, 2016.